



La abstracción de la guerra: Ucrania, las dinámicas de guerra por poder y la desaparición de la clase trabajadora. Por Biljana Vankovska

Posted on Agosto 27, 2026

La historia de la guerra demuestra que los conflictos terminan bien con una victoria clara de una de las partes, bien mediante negociaciones cuando ambas se enfrentan al agotamiento de los recursos y a la falta de voluntad para seguir sacrificando vidas. También existe una tercera vía: el cese silencioso de las hostilidades, el establecimiento de una “paz fría” y la congelación del conflicto sin un reconocimiento explícito de la derrota. Es importante destacar que las guerras no surgen de la nada: no son más que la escalada de contradicciones profundamente arraigadas que no se resolvieron por medios pacíficos. Para citar a Clausewitz, la guerra es la continuación de la política por otros medios, violentos. Desde una perspectiva de paz, toda guerra es una derrota no solo de la política, sino también del sentido común y de la civilización. Sin embargo, la época en la que vivimos ha normalizado la violencia; la humanidad incluso ha dado un “paso adelante” al resignarse a la destrucción sistemática o al apoyarla activamente. El marco jurídico internacional que en su momento prohibió la guerra ha sido silenciado y relegado lejos de la vista

del público. La población, o bien sigue las operaciones militares como si fueran eventos deportivos, o bien mira para otro lado, negándose a ver, escuchar o hablar sobre el mal.

La duración de la guerra en Ucrania ya ha superado a la de la Segunda Guerra Mundial. El hecho de que, comparativamente hablando, el número de víctimas se presente como menor no es más que una ilusión estadística, ya que no se trata de una guerra mundial, sino de una carnicería localizada. Esto no ofrece ningún consuelo a las familias de los fallecidos. En cuanto a esta guerra (que comenzó en 2014, no más tarde), los observadores sensatos afirmaron de inmediato que era la más predecible y, por lo tanto, teóricamente la más fácil de prevenir. Una vez que cayeron las máscaras y los ex líderes occidentales admitieron que las negociaciones iniciales nunca se llevaron a cabo de buena fe, sino que fueron una forma de ganar tiempo para que el Estado periférico se preparara para una confrontación abierta, quedó claro que faltaba por completo la voluntad política para la paz. La responsabilidad por la beligerancia de las autoridades en la zona de conflicto recae en una serie de figuras del núcleo imperial (principalmente, Biden y Trump). Primero surgió una facción política, luego otra continuó la trayectoria, y esto ha persistido hasta el día de hoy. Incluso después de que Rusia lanzara su operación militar especial, existían formas de detenerla, pero la paz fue impedida por actores externos, en particular el Reino Unido, decididos a prolongar el conflicto. Occidente, imbuido de una hostilidad visceral (comúnmente denominada “rusofobia”) y decidido a sacar provecho de una guerra por poder en la que otros pagan el precio con vidas humanas, no fomentó ni una sola iniciativa de paz genuina.

Ucrania, un país extenso con una gran población y ricos recursos naturales, es un escenario militar para el cual cada vez hay menos esperanzas de una conclusión rápida. La estrategia de luchar “hasta el último ucraniano”, que ahora persigue abiertamente la OTAN, está entrando en una nueva fase de escalada. El peligro de un enfrentamiento nuclear es real, aunque los medios de comunicación dominantes y sus expertos han comenzado a relativizarlo al normalizar la idea de que las armas “tácticas” podrían poner fin a la guerra. Existen halcones en todos los bandos. Es como si el legendario personaje cinematográfico, el Dr. Strangelove, se hubiera multiplicado en lugar de desaparecer. A veces, uno no puede evitar preguntarse: ¿se han vuelto todos locos?

Se dice que la guerra ha cambiado su naturaleza, especialmente debido al poder destructivo de los drones y los misiles balísticos. Una vez más, la guerra está demostrando ser beneficiosa para el desarrollo de la tecnología militar y para generar enormes ganancias para el complejo militar-industrial. La paz no es rentable, ni siquiera políticamente. Como lo expresó sucintamente un académico crítico, sin la guerra, no existiría Zelensky. A los ciudadanos comunes no se les consulta nada porque las élites toman decisiones desde la perspectiva de una supuesta competencia, la preservación de su reputación, su posición y sus ganancias. Las encuestas de opinión pública ocasionales, tanto en Occidente como en Ucrania, revelan un panorama diferente, aunque todo depende de quién formule las preguntas. Sin embargo, persiste la impresión de que la gente común no desea la muerte. La Generación Z apenas puede imaginarse a sí misma en uniformes militares, soportando actividades físicas agotadoras, renunciando a las comodidades

y dejando de lado su dependencia de la tecnología moderna. Las encuestas muestran que, cuando se les pregunta si defenderían a su país en caso de guerra, un número significativo responde afirmativamente en términos abstractos. Pero cuando el tema deja de ser hipotético, surge una brecha: a los jóvenes no les interesa el entrenamiento militar ni siquiera defender a su propio país. De hecho, existe una clara divergencia entre las élites y los ciudadanos, quienes no desean ni una carrera armamentista ni obligaciones militares.

Recientemente, en un evento celebrado tras la cumbre de Ankara, se planteó esta cuestión: ¿cómo pretenden respaldar su compromiso con una guerra prolongada cuando les cuesta abordar el factor humano? Las respuestas fueron confusas y retóricas, alegando esencialmente que, si bien el déficit humano es real, los Estados miembros tienen la obligación de trabajar en la educación pública y en la “resiliencia social”. Esta última expresión es un eufemismo moderno diseñado para evitar las palabras reales que describen lo que se está haciendo: intimidación deliberada, propagación del odio, militarización paralela y el desvío de fondos de las necesidades sociales hacia el gasto militar. Cualquiera que proteste corre el riesgo de ser tildado de cobarde o de traidor que no ama a su país.

Ucrania es, por supuesto, un caso especial. La comparación entre las encuestas nacionales y los estudios internacionales independientes sobre las actitudes hacia la guerra muestra diferencias demasiado grandes como para ser el resultado de un cambio repentino en la opinión pública. Los institutos de sondeos locales suelen enfocarse en la resistencia de la población, el gran respeto hacia el ejército y el rechazo a cualquier tipo de compromiso. Pero a pesar del claro propósito interno de estas encuestas, la tendencia es inexorable: el apoyo a los resultados militares ha ido disminuyendo, mientras que el apoyo a las negociaciones va en aumento (66% en julio). La tendencia es clara: el cansancio de la guerra y el deseo de una solución práctica están creciendo entre la población, junto con una caída en la confianza hacia los líderes extranjeros. En resumen, las encuestas locales miden la determinación y la orientación identitaria, mientras que Gallup formuló una pregunta directa: negociaciones frente a la continuación de las operaciones de combate.

Las implicaciones políticas son claras: las autoridades de Kiev deben equilibrar la determinación pública con un creciente deseo de compromiso. Quienes se oponen a continuar una guerra que ya ha convertido vastos campos en cementerios ven la realidad cotidiana en clips de video que muestran el “reclutamiento” violento y brutal que tiene lugar en las calles de ciudades alejadas de las líneas del frente. Los ciudadanos se resisten abierta y masivamente a los “cazadores de carne de cañón”, siendo el caso de Lvov el más reciente. Mientras tanto, los aliados extranjeros están apoyando a los líderes políticos al eliminar todos los beneficios para los ciudadanos ucranianos con estatus de refugiado, preparándolos para ser enviados de regreso al país a cumplir servicio militar.

En la batalla de las narrativas, resulta muy difícil obtener un panorama preciso, pero los medios de comunicación avivan esta guerra psicológica con titulares que afirman que los soldados rusos recién

desplegados apenas duran media hora en el frente (según el director de la CIA). No es ningún secreto que el precio que está pagando Rusia se está volviendo cada vez más inaceptable para su población. Sin embargo, no se trata de un reclutamiento forzado masivo allí, ya que el ejército sigue reponiéndose con voluntarios que firman contratos estatales para su supervivencia económica. El número de bajas y de cuerpos no recuperados de soldados ucranianos sugiere que los titulares sobre la corta vida de los soldados del bando contrario son probablemente propaganda exagerada.

La tragedia de esta guerra, como cualquier otra, se hace visible cuando uno se fija en los “mortales comunes”. A través de una perspectiva humana y de clase, se vislumbra el panorama completo, reflejando lo que un proverbio serbio expresó hace mucho tiempo:

El Estado da cañones, los ricos dan bueyes y los pobres dan a sus hijos. Cuando termina la guerra, el Estado recupera sus cañones, los ricos recuperan sus bueyes y a los pobres no les queda más que tumbas.

Para expresarlo de manera más vívida, del lado ruso, quienes combaten son personas que de otra forma no podrían ganarse la vida dignamente, lo que hace que la oferta económica del Estado resulte atractiva: un claro caso de reclutamiento por motivos económicos. Del lado ucraniano, las historias de jóvenes sin entrenamiento y reclutados a la fuerza están plagadas de ejemplos de corrupción, trastornos de estrés postraumático que no impiden el reenvío al frente y castigos brutales por parte de los compañeros hacia quienes no demuestran suficiente valentía.

Si estalla una guerra más amplia entre Europa y Rusia, se reproducirá el mismo patrón. Todo general o político que haga un llamado a la “resiliencia”, a la “educación de la juventud” y a la disposición del público a sacrificar a sus hijos debería reconocer que tales exigencias extienden la brutal lógica de clase de la guerra a todo el continente: quienes toman las decisiones estratégicas rara vez son quienes asumen los costos finales. La realidad invisible y basada en las clases de la guerra – quién decide, quién se beneficia y quién muere – no debe borrarse de la conciencia pública.

*Biljana Vankovska, profesora de ciencias políticas y relaciones internacionales en la Universidad de San Cirilo y San Metodio de Skopje, presidenta de Synergia Orbi: Instituto de Análisis Global de Skopje, y la intelectual pública más influyente de Macedonia. Es miembro del colectivo No Cold War.

El Maipo/Globetrotter

Nota: El contenido vertido en esta columna de opinión es de exclusiva responsabilidad de su autor, y no refleja necesariamente la línea editorial El Maipo.